Francisco A. Berra

Del *Boletín de la enseñanza primaria*, que se publica en Xalapa-Enriquez (República de México), transcribimos el discurso pronunciado á la memoria del doctor Francisco A. Berra por el distinguido educacionista mexicano Gregorio Torres Quintero, en la velada que celebró la Escuela Normal para Profesores, de aquella república, la noche del 12 de septiembre de 1906.

Helo aquí:

Señores:

Inmensamente honroso es para mí, ocupar esta tribuna para pronunciar una oración á los manes del ilustre educacionista sudamericano, señor doctor don Francisco Antonio Berra, cuyo recuerdo tengo que evocar por un instante, un instante no más, á fin de presentaros, aunque sea pálidamente, su egregia sombra en medio de este simbólico recinto.

Su nombre ha llegado á nuestros oídos de tiempo en tiempo, repercutido por las hojas pedagógicas nacionales y extranjeras, y hemos acabado por aprenderlo, por elogiarlo, por amarlo y por repetirlo con admiración y respeto.

El periódico ha sido, pues, el vehículo de esta serie de impresiones y el propulsor de este sentimiento de grande veneración que profesamos hacia aquel sabio pedagogista argentino. ¡Bendito sea el periódico, que así contribuye á fundar vínculos de solidaridad entre los corazones más distantes!

La falta de otras relaciones con los países australes ha hecho que la obra de Berra no sea totalmente conocida por los maestros

mexicanos, y aun habrá alguno que se pregunte el móvil de esta solemnidad.

Con efecto, señores, ¿quién fué y qué fué don Francisco A. Berra?

Brevemente pintaré el perfil de aquel sabio.

Hace sesenta y dos años nació Berra en la ciudad de Buenos Aires, y apenas tenía seis ó siete de edad, cuando pasó á la ciudad de Montevideo, donde debía formarse y brillar con la luz del genio. Era, pues, argentino de nacimiento y uruguayo de corazón.

Con grandes penalidades pudo Berra concluir sus estudios: se doctoró el año 1872 en la universidad de Montevideo, y obtuvo en 1874 el título de abogado. Parecía que por esto mismo el doctor Berra debía propender más bien á las ocupaciones del Foro; pero una casualidad hizo que desde su vida de estudiante se pusiese en relación con una meritoria agrupación del Uruguay, la «Sociedad de Amigos de la Educación Popular», promovida por grandes hombres como Varela, Romero, Vásquez Acevedo, Pena, y á la cual se deben en gran parte los adelantos educacionales de las Repúblicas del Plata. En ella fué sucesivamente vocal, vicepresidente, presidente, y al ausentarse de Montevideo en 1894, para trasladarse á la Argentina, fué colmado de honores y elegido presidente honorario.

No puede haber progreso escolar sin verdaderos maestros; el Uruguay no tenía escuelas normales para formarlos, y en tal situación. la «Sociedad de Amigos de la Educación Popular» confió á Berra el encargo de dar un curso de Pedagogía á los maestros y aspirantes al magisterio. Fué entonces cuando el sabio doctor comenzó á publicar, bajo los auspicios de la Sociedad, lo que él llamó modestamente sus «Apuntes para un curso de Pedagogía».

¿Qué fueron estos «Apuntes?»

Un verdadero acontecimiento en el mundo pedagógico, un monumento de la talla de los que erigieron los padres de la Pedagogía moderna, Comenio, Pestalozzi y Froebel.

Desde luego no son apuntes, son toda una obra de altos vuelos que ha excitado la admiración de los hombres de Europa. Luciano Arréat, en la *Rassegna di Napoli*, les llama «seguramente el más notable curso de Pedagogía de los que se conocen»; el doctor Goldbeck, director del Charlottenschule, de Berlín, pedagogo notable, dijo que los «Apuntes» le servirían de mucho para su establecimiento; Alcántara García escribió á Berra, manifestándole que en sus trabajos y explicaciones se servía frecuentemente de ellos, juzgando que pueden figurar dignamente al lado de lo mejor que haya producido la literatura pedagógica contemporánea; M. Hippeau, de París, afirma que los «Apuntes» tendrán un lugar al lado,

de las mejores obras de los Spencer y los Bain; Siciliani, de Boloña, manifiesta su admiración por la obra de Berra, que llama «verdaderamente colosal», y juzga que es muy superior á los tratados ordinarios de pedagogía, asegurando que en Italia, ni en toda Europa, hay nada semejante; Gabriel Compayré ha declarado que ninguna otra obra podía aventajarle, ni por la solidez de las doctrinas, ni por una intuición pedagógica más certera; Bernard Pérez, en la «Revue Philosophique de Ribot», dice: «Mientras que los filósofos, los educadores, se preguntan aún si la ciencia de la educación es posible, el doctor Berra acaba con la mayor sencillez de constituir esa ciencia en sus principios generales y en el orden regular de sus aplicaciones, y llama á los «Apuntes» uno de los trabajos más serios, diciendo que es «el más completo de aquellos por los cuales la pedagogía ha podido afirmarse;» y en América, el doctor Souza Bandeira, de Río Janeiro, después de demostrar que ni Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Suiza, Bélgica é Italia, han llegado á fundar la ciencia pedagógica, expresa que nadie mejor que Berra puede lanzarse á tan magna empresa.

Ante estos testimonios, que son los que estamos habituados á respetar, no cabe duda, señores, que estamos ante una gran figura: en el campo de la pedagogía, la América Latina, desde el Bravo hasta el Cabo de Hornos, no ha producido nada que le aventaje ni que le iguale: don Francisco A. Berra es, pues, una esclarecida honra de Hispano-América.

Pero aquel sabio no debe su fama únicamente á sus «Apuntes»: su incansable y sapientísima pluma, magistralmente elaboró otras obras inmortales; citaremos las siguientes:

«Proyecto de organización de la sección de estudios del Ateneo del Uruguay», trabajo universitario, del cual dijo *El Paedagogium*, de Viena, que es una obra en que se nota un movimiento fresco del espíritu y un progreso verdadero, asegurando que donde hay un hombre como Berra, hay que esperar muy pronto una reacción en la instrucción pública;

«La Salud y la Escuela», obra de higiene escolar muy alabada, que fué traducida al italiano, en Turín, con un prefacio muy honroso para el autor;

«Los Tipos del Horario Escolar», obra de 128 páginas, para tratar un solo punto de organización escolar, en que combate los horarios contínuos con una serie de pruebas pedagógicas, higiénicas, morales, económicas, domésticas, etc.;

«Nociones de Higiene Privada y Pública», para uso de las escuelas primarias, concebida con el fin de reformar el método que se emplea en la enseñanza de esta materia;

«Carteles de Lectura y Logografía», completados con un folle-

to titulado: «Enseñanza de la Lectura y de la Logografía», á los que dió su preferencia el jurado en un concurso que abrió el Consejo Nacional de la República Argentina;

«Bosquejo Histórico de la Republica Oriental del Uruguay», obra original, sacada pacientemente de los archivos, y que fué la primera en su género en la República historiada;

«Informe del Congreso Pedagógico Internacional de Buenos Aires», libro premiado en las exposiciones internacionales de Río Janeiro y Barcelona;

«Estado Económico de las Escuelas Comunes de la Provincia de Buenos Aires», escrito cuando, al abandonar el Uruguay, pasó á encargarse en su patria de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires;

«Código de Instrucción Primaria y Normal», obra notabilísima, compuesta de seis partes, en que trata de las múltiples cuestiones de la administración escolar;

«Leyes Naturales de la Enseñanza», grandioso y original estudio, en el que ocupa 240 páginas, para enseñar las veintinueve leyes que estableció para la enseñanza;

«Teoría sobre los Deberes y Derechos»; libro de 350 páginas que fué el resultado de una serie de conferencias que dió á los directores de escuelas de La Plata.

Y algunas otras más, en que deben incluirse textos para escuelas y artículos para periódicos.

Aquella contínua y meritoria labor le valió en vida la satisfacción de recibir distinciones y recompensas honoríficas: más de veinte sociedades nacionales y extranjeras le nombraron socio, individuo, presidente ú oficial, y obtuvo seis premios en las Exposiciones, entre ellos tres medallas de oro. Pero también le valió la pena de sufrir los ataques de numerosos enemigos, que amargaron sus horas, pero que él sobrellevó con estoica resignación.

La personalidad de Berra no quedaría completamente perfilada si sólo dijéramos de él que fué publicista, historiógrafo, profesor, pedagogista, hablista, jurisconsulto, filósofo; hay que decir que aquel hombre fué todo un cáracter. Le llaman moralista incorruptible, maestro sin sonrisas de complacencia y con severidad de apóstol, hombre de voluntad perfecta, carácter íntegro y sin dobleces, varón fuerte y justo que hizo de la Virtud y la Verdad el fin real de su existencia, grande por su honestidad acrisolada y su espíritu sereno y ecuánime. Nada, pues, faltó á aquel grande hombre para ser un dechado completo: pocas personas se hallarán en estos tiempos que hayan llevado una vida tan pura y virtuosa como la suya, y eso mismo fué el motivo de sus amarguras y penas, al tener que luchar

en medio de una sociedad egoista é ignorante, como lo dijo ante su tumba el señor Figueira.

El señor Berra, después de una permanencia de cuarenta y cuatro años en el Uruguay, pasó á su patria de origen á encargarse, como dijimos, de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. Ocho años luchó en ese puesto á brazo partido contra las obstrucciones de la ignorancia, lucha en que se vieron en peligro de naufragar las instituciones escolares; fué esa una época crítica de su vida que debió herirle profundamente el alma; retirado de ese campo, encargado en los postreros años de su vida de la Dirección del Registro de la Propiedad, fué como una planta que se llevara á terreno extraño; falto de la fuerza que da el amor á la noble brega, el sabio doctor tenía, sin embargo, la satisfacción de dictar la cátedra de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde mostró su actividad incansable y su fe más ardiente en la ciencia.

Enfermó de su última enfermedad, y todavía llamaba á sus alumnos alrededor de su lecho para seguirles enseñando, como hacía el filósofo de Atenas condenado á beber la cicuta: quería ser maestro hasta el último instante.

Y el varón fuerte cayó en el combate, en ese combate en que nadie triunfa; y descendió al sepulcro gloriosamente, bendecido y aclamado como un héroe. Dos días faltan para que se cumplan seis meses de aquel infausto día. En su sepelio hablaron el señor Zubiaur, en nombre del Consejo Nacional de Educación; el señor Porchietti, en el de la Facultad de Filosofía y Letras; el señor Figueira, en representación de la Dirección General de Instrucción Primaria de la República Oriental del Uruguay; el señor Massa, en nombre de la Dirección General de Escuelas de la Provincia; el señor Simón, en el del Magisterio uruguayo; el doctor Morello, como delegado del Registro de la Propiedad; el señor Lestretto, en representación del *Ospedale Italiano* de Montevideo; y después, al colocar una placa sobre su tumba, el señor Salinas habló en nombre de la Asociación «El Magisterio», y la señora Funes de Frutos, en el del «Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras»; y hoy México une su clamor al de sus hermanos del Sur; y agrega una sentida estrofa á los solemnes cantares que en las escuelas de las Pampas se alzan como un ¡Excelsior! á la memoria de su apóstol.

En esta sencilla exposición, señores, está hecho, por sí sólo, el más cumplido elogio del señor Berra. Las figuras de retórica nada valen ante la sublime majestad de los hechos. Además, va de acuerdo con la índole modestísima del hombre que hoy ensalzamos, quien no gustaba de oir ni el eco de sus propias palabras. La planta se conoce por sus frutos, y os los he mostrado, siquiera sea con la

rapidez de las visiones de una linterna mágica. Ellos hablan con más elocuencia que el verbo animado del orador más persuasivo, y satisfecho quedaré si he logrado que desciendan hasta lo íntimo de vuestras almas, porque estoy seguro que allí les daréis cariñoso abrigo.

La patria de Juárez se honra tributando á Berra este homenaje de admiración á sus méritos, y no hace más que repetir lo que hace catorce años escribía nuestro malogrado Carrillo en forma de dedicatoria en su Método de Lectura y Escritura, dedicatoria que en las posteriores ediciones se conserva aún como una de las últimas voluntades del pedagogo mexicano.

Berra, sin duda, se adelantó á su época, y vivió en medio de una sociedad en que aún no es del todo bien comprendido.

Un fuego sagrado le animaba y lo condujo por la senda de los apóstoles; aquel vidente predicó la buena nueva y «plantó la escuela de primeras letras en las lejanías de la Pampa, en la falda de la sierra ó á orillas del arroyo, al borde del maizal ó en medio del rastrojo que atraviesan triunfadores los rieles acerados, bajo el alero de los ranchos ó á la sombra protectora de los ombúes», de aquellos ombúes corpulentos de *las tórtolas amadas* de que nos habla el poeta.

Las márgenes del Plata arrullaron al filósofo con sus murmurios argentinos, y la *serpiente azul de escamas luminosas*, como llama Zorrilla de San Martín al río Uruguay en su grandioso poema «Tabaré», cantará eternamente con el *himno de sus olas* que *resbala melodioso en sus arenas*, la perínclita gloria del doctor Berra, del ilustre y gran sudamericano.

Y al rumor de ese himno, himno inmortal, dejad que repita, como un eco cariñoso, estas palabras pronunciadas con tierna unción á la orilla de su sepulcro:

«Varón fuerte y justo, que has trabajado más para los otros que para tí, adquiriendo así el derecho de que tu vida sirva de modelo: ¡Descansa en paz!